



Henry
Kissinger
On
China

Henry Kissinger, *On China*, Nueva York, The Penguin Press, 2011, 586 pp.

El 9 de julio de 1971, Henry Kissinger —asesor del presidente de Estados Unidos, Richard Nixon— llegó a Beijing con la misión secreta de cambiar la historia del mundo, según declara sin falsa modestia en el fascinante libro que sobre los vínculos entre las dos superpotencias acaba de publicar 40 años después del acontecimiento.

Tras dos décadas de rabiosa propaganda, según la cual la República Popular China y el gobierno de Washington serían siempre enemigos irreconciliables, el propósito de la misteriosa presencia de Kissinger en China fue, ni más ni menos, que preparar el arribo del presidente Nixon a la capital asiática y el consecuente establecimiento de relaciones diplomáticas bilaterales.

Nacido judío y alemán, Kissinger es pensador de aguas profundas y uno de los más audaces negociadores internacionales. Desprovisto de los prejuicios utopistas de la escatología cristiana norteamericana, sin embargo conoce y siente el anhelo de sus conciudadanos por dominar el planeta. En algún momento este hombre inteligente encontró el equilibrio dinámico en una aparentemente insalvable contradicción íntima, a fin de servir con lealtad y perseverancia a la expansión global de su patria adoptiva.

Las primeras doscientas páginas del volumen *On China* están dedicadas a educar al lector sobre las singularidades de esta superpotencia, a partir del célebre apotegma de Lucian Pye: “China es una civilización pretendiendo ser una nación-Estado”. El recorrido por la manera de ser china, desde los orígenes extraviados en el pasado más remoto de la humanidad hasta la humillante confrontación con el poderío industrial y bélico de Occidente, está narrado de manera muy didáctica. En este titánico esfuerzo, Kissinger contó con la generosa colaboración de varios connotados sinólogos que lo acompañaron en su gestión de la diplomacia estadounidense cuando fue secretario de Estado; el autor reconoce la ayuda de Schuyler Schouten, Winston Lord, Stephanie Junger-Moat y Stapleton Roy.

Kissinger fue un diplomático magistral. Él lo sabe y se complace en hacerlo sentir al lector. Para abrir fuego, reconoce que si bien la denominada “transparencia” constituye una sana aspiración de la política democrática, la historia y el devenir social ofrecen pocas oportunidades para la construcción de un orden internacional más o menos pacífico. De ahí la necesidad de echar mano de instrumentos más sutiles como, por ejemplo, el secreto.

A partir de ahí, el autor disfruta enormemente revelando algunos de los momentos estelares de sus privadísimas conversaciones con el presidente Mao. A lo largo de los relatos se palpa su enorme satisfacción por haber encontrado un espíritu afín en el formidable primer ministro Zhou Enlai, su interlocutor favorito y coartífice de la prevalente paz sino-americana. Muy europeamente, en algún momento Kissinger se refiere a sí mismo y al inigualable Zhou como meros consejeros de los príncipes más poderosos del orbe, Richard Nixon y Mao Zedong.

Kissinger insiste en calificar de majestuosa la actuación diplomática de los líderes chinos, fincada en una tradición va-

rias veces milenaria. Detalladamente explica que desde siempre los chinos han maniobrado para que su interlocutor extranjero proponga lo que ellos desean, de manera que parezca que condescienden ante la voluntad de aquél. A partir del principio estratégico de que todo acercamiento con el exterior genera complicaciones, la diplomacia china otorga a la continuidad de las relaciones una enorme importancia, más allá de la obligatoriedad establecida en documentos formales. Por el contrario, los occidentales tienden a segmentar las negociaciones en unidades autocontenidas, que deben ser tratadas en sus propias contingencias. Además desconfían de los gestos amistosos, a los que consideran un asunto más bien personal, mientras los chinos simbolizan en esos gestos rasgos y vínculos culturales, nacionales o históricos.

En suma, se trata de dos concepciones diferentes del tiempo y la política. Cuando de súbito el azorado interlocutor extranjero se descubre inmerso en el devenir de una corriente orgánica, se da cuenta de que sus acciones no pueden contradecir el curso de la historia china. Magistralmente, Kissinger vincula esta sensación de flujo natural con el concepto *shi*, que hace siglos Sun Tzu, en su monumental obra *El arte de la guerra*, describió como un potencial dinámico de energía vital que se traslada de una situación humana a otra y que el buen guerrero debe aprender a reconocer y aprovechar. En todo caso, el autor insiste en que la relación sino-americana está impregnada de un sutil sentido de lo intangible.

Kissinger establece que el acercamiento entre Estados Unidos y China partió de una cuidadosa consideración de los aspectos tácticos de la Guerra Fría, concretamente la mutua necesidad de neutralizar los esfuerzos bélicos de la Unión Soviética y su vocación expansiva. Empero, reconoce que los chinos no permitieron jamás que Estados Unidos asumiera que necesitaba defender a China de la otra potencia comunista.

Según Mao eso habría equivalido “al gato llorando por el ratón muerto”.

De este enunciado estratégico, al amparo del cual se llevaron a cabo un centenar de encuentros secretos a nivel de servicios de inteligencia y seguridad nacional que tuvieron lugar en Varsovia como preámbulo al aterrizaje de Kissinger, en Beijing, en 1971, la complejísima relación bilateral evolucionó hasta convertirse en un elemento esencial de la globalidad. Kissinger insiste en que ninguna de las dos partes se propuso nunca modificar las convicciones del otro: “Fue precisamente la ausencia de esas ilusiones lo que facilitó nuestro diálogo”. Remite entonces hasta Confucio la aseveración china de que la legitimidad de su quehacer internacional refiere a principios éticos y no al mero ejercicio del poder. Acto seguido, recuerda al lector la estrategia de Maquiavelo en el sentido de que el débil debe buscar proposiciones generales aceptadas por el más fuerte —en este caso Estados Unidos— para fincar en ellas la defensa de su interés específico. He aquí una lección de diplomacia que ningún país en desarrollo debiera omitir en su difícil aprendizaje de las coordenadas que rigen el orden internacional.

Es importante mencionar el papel protagónico que Kissinger otorga a la cooperación estratégica fincada en la confianza mutua. Así, las obligaciones recíprocas entre China y Estados Unidos no fueron establecidas en documentos burocráticos, sino en la percepción compartida de la amenaza soviética. De allí se procedió al diálogo sistematizado entre individuos e instituciones, al comercio y al intercambio educativo, científico y tecnológico como el camino escogido para acercar a los que antes se decían furiosos contrincantes. La cooperación, dice Kissinger, aproxima los intereses cuando son congruentes y mitiga las diferencias allí donde inevitablemente existen. Se constata que la cooperación es un invaluable instrumento diplomático

para la paulatina y orgánica solución de controversias. Añado que es en ese espíritu, y no a manera de quehacer tecnocrático o administrativo, que nuestra Constitución Política consagra la cooperación internacional como principio esencial de la política exterior mexicana.

Es indudable que el libro está inspirado, más que nada, en la experiencia personal de Kissinger durante el último tercio del siglo pasado. Tan es así que al aproximarse a lo contemporáneo, admite que el colapso de los mercados financieros americanos en 2007 y 2008, el “espectáculo del desorden occidental”, así como los consecuentes errores de cálculo contrastan muy desventajosamente con el éxito chino. Aquí vale por mi parte invocar la declaración del ex presidente de la Reserva Federal de Estados Unidos, Alan Greenspan, en el sentido de que estos cataclismos financieros resultaron ser hechos culturales y no avatares de la naturaleza o el sistema de mercado.

En cuanto al futuro, el autor remite a la aseveración del presidente Hu Jintao en 2009 en el sentido de que los primeros veinte años del siglo XXI plantean una “excepcional oportunidad estratégica” para China. Acto seguido, el viejo y experimentado estratega alerta al que quiera oír para que se apreste a recibir, aprovechar o en su caso resistir el colosal empuje global del *shi* chino.

El libro está repleto de anécdotas sabrosas, como aquella en que, jalando agua para su molino, Kissinger insiste en “expresar preocupación” ante la amenaza para China atribuible a un potencial ataque nuclear soviético. Momento en el que el presidente Mao da un fuerte manotazo en la mesa para en seguida exclamar que si las bombas rusas mataban a todos los chinos mayores de 30 años, la podada seguramente tendría el efecto benéfico de eliminar de golpe a todos aquellos, incluido el mismo Gran Timonel, que debido a su avanzada edad no habían aprendido a hablar correctamente mandarín, la lengua

nacional que aspira a facilitar la comunicación entre los 1400 millones de habitantes de la República Popular China. En fin, se trata de una lectura indispensable para todo interesado en el apasionante devenir internacional.

Jorge Alberto Lozoya